

# *Crónica urgente*

por Gonzalo Golpe

Mi oficio tiene mucho de comadrón, de compadre e incluso de alcahuete. En ocasiones propicio el contacto, otras tantas me toca asistir en el parto, muchas veces tan sólo soy alguien con quien pasar las horas en blanco, con quien sentirse acompañado, pero en todos los casos es el grado de intimidad lo que define mi distancia y el protocolo a seguir.

Como comadrón, sé que en la génesis debe haber dos contrarios enlazados y que la creación tiene más que ver con el taoísmo que con el arte o la cultura. Así puestos en modo poético, permitiéndome ser extravagante, en esta progresión de ideas sostendría que si dentro de un autor hay al menos dos naturalezas enfrentadas que pretenden comunicarse, el intelecto y la emoción, esa dicotomía que lo anima, la consecuencia de este dislate sería establecer un símil con el tao y convertir la dicotomía en una lógica ternaria por la que mente y corazón trabajan en concomitancia sobre un espíritu que es a un tiempo espacio para la circulación y vehículo, que los taoístas conocen como Aliento y yo como Poesía.

Pero ¿es este un razonamiento pertinente para escribir sobre *Horizón* o es la rémora intelectual de mi última lectura, un ensayo de François Cheng sobre el diálogo entre dos lenguas, el francés y el chino?

Ya puestos a presentar conceptos y tendiendo un malicioso lazo con el ya conocido como "incidente Chevrier", añadiré ahora a mi divagación el horizonte, una noción de corte poético presta para la libre invención.

El horizonte como concepto seminal bien podría haber sido presentado por los autores como límite, abordado como frontera. En un tiempo en el que la Tierra era plana y los astros estaban firmemente sujetos a la bóveda que la rodeaba, ésta habría sido sin duda la elección más cabal. Pero ahora que los tiempos no son propicios para la posibilidad, que todo parece estar determinado, los autores tiran de coherencia, permiten que ese concepto derive en algo diferente y conciben el horizonte como un lugar de encuentro. Así, el horizonte se convierte en tema y motivo para la creación conjunta.

Siguiendo con los símiles maliciosos, si yo fuese un teórico del Arte, un creador de cánones, en el itinerario de todo artista que quiera gobernarse y aspire a ser productivo (en el sentido menos neoliberal del término) impondría la creación en común como una actividad obligatoria. Nada define más la búsqueda propia que enfrentarla a otras búsquedas, hallar lugares comunes, trayectorias paralelas de las que surge la afinidad necesaria para el diálogo, que en su práctica honesta acaba despertando tarde o temprano el desencuentro y, si la actitud es la adecuada, la curiosidad y el contacto.

Si bien el encuentro entre pares tan afines como Jon Cazenave y Julián Barón no necesita de alcahuetes: empiezan por rozarse y la fricción activa el movimiento, el avance.

Decía antes y subrayo ahora que para mí la creación es una cuestión de equilibrio, de búsqueda de un modo en el que la razón y el sentimiento trabajen conectados, abriendo la puerta de lo espiritual, para trascender los lenguajes y actuar poéticamente.

Pero si este equilibrio es algo complejo de controlar en la obra personal, más lo es todavía cuando se trata de una actividad en pareja.

En un primer momento, los autores tienden a medirse entre ellos, juntando universos, cosmogonías y demás construcciones de origen y contexto. Es un comportamiento natural entre seres de la misma especie y sexo: deben medir las fuerzas y descubrir las debilidades. Pero no es en el choque entre fuerzas contrarias donde se produce el verdadero contacto; por mucho que los autores ofrezcan resistencia, es por el flanco descubierto por donde empieza a fluir la sangre. Una vez heridos, siempre resulta preferible deponer las armas y plantear las bases de un acuerdo. Así es que se prestan a dialogar, a abrir espacios, en una labor gregaria que acaba dando a luz la primera idea común, la que suelta amarras, la que inicia el viaje.

Uno dice:

-El horizonte como punto de encuentro entre dos mares.

Otro añade:

-El horizonte como trampa, como espejismo.

Y entonces aparecen los mares en pares enfrentados: los unos, de tinta; los otros, de luz proyectada.

El diálogo continúa y se van sumando ideas. Aparece un elemento: la cuerda.

Uno la presenta como chicote, como cabo de amarre, la cuerda de un pueblo echado al mar.

El otro la toma para embolar toros, símbolo de un rito antiguo, tradición que presenta un nuevo elemento: el toro.

Ambos conocen al toro, es una presencia continua, aparece y desaparece en su trabajo: está en el interior de una cueva o camino del pilón a punto de prender la noche o esconde tras una estampa goyesca la raíz del esperpento. Pero el toro es mucho más que un animal para ellos, es un mito, lleva la marca del hombre y ha sido integrado en su universo, asimilado, es un borrón negro que define un volumen a la manera de Motherwell o Hara; es un chamán que se transmuta en Minotauro y los transporta a un laberinto proyectado por Oteiza. Y entonces retoman la cuerda, las cuerdas, la razón baja a un nivel de suspensión momentánea y aparece el puro nervio, las cuerdas se despliegan sobre el suelo, se atan, se anudan, se amarran entre sí, se cruzan y se montan, tiran de ellas con fuerza, tiran de ellas y el laberinto toma forma. Pero este no es un laberinto para hombres, sostienen, es un laberinto para atrapar la luz, para hacer que se enciendan las cuerdas como tendidos eléctricos y se activen los nudos, esos nudos que son la representación en sala más próxima a lo que los autores sienten en ese momento del proceso. Ahora ya nadie puede detenerlos, las ideas presentadas se van superponiendo de forma natural. Ni siquiera ellos pueden pararlo. Necesitan herramientas, han de encontrar la manera de atrapar la luz, de gobernarla. Entonces recuerdan la sala, esa primera visita, el patio exterior, el mástil y una bandera que otea en suelo extranjero. Recuerdan la primera vez que salieron de la sala y se toparon con aquella bandera inmensa que más que símbolo es anuncio y proclama, que para ellos otea también en suelo extranjero. Y se dejan llevar. Es cuando se gustan, cuando encajan el uno en el otro. La fricción ha provocado el hallazgo de una pequeña y vibrante

idea. Es la síntesis de las dos búsquedas, algo que anhelaban. Así que la dibujan, la calculan, la proyectan, la construyen al lado del mar y se la traen como un cargamento de explosivos, en una furgoneta que transporta insurgencia. Es una bandera espejo, una bandera solar. Con ella dirigirán la luz hacia la sala, activarán las cuerdas, los muros, las paredes, el círculo de sillas, las proyecciones. Con ella transitarán entre la política y la poética, reclamando una zona de actividad lumínica. Será esta bandera el último elemento en desaparecer de la sala, a modo de conclusión.

Y tras verla en acción, alguien sentencia:

-Esa bandera es una creación poética, el primer gesto humanista, aquel que te impele a buscar en tu interior tu propia patria.

Y otro descubre en ella el ojo de una cámara oscura, y allí sentado, en el círculo de sillas, nos hace sentirnos a todos como materia fotosensible.

Y así se van sumando las voces, y el laboratorio que no exposición, el taller que no dispositivo, se reconoce como lo que siempre fue: un espacio de encuentro, un punto de partida.

Y es en esta bandera donde mi parloteo cristaliza y encuentra su razón de ser, el horizonte termina por ser ese espacio para el encuentro, y la bandera solar, el resultado de una búsqueda común. Finalmente, el Aliento.

Gonzalo Golpe

Madrid, 23 de abril de 2014